

del altar, aquel altar que despues él ha derribado. Pero mi Dios me dá á entender, que será él, dentro de poco, arruinado, y su tiranía apagada en su sangre. Mientes descaradamente, respondió Frumentino: el invencible Juliano, Señor del mundo, no es tirano. Hombre malvado, ¿no has experimentado tú mismo su dulzura, su clemencia, su humanidad, y su increíble paciencia? Al contrario él, ¿no ha sufrido de tí una afrenta sensible, y que no hay con qué castigarla? ¿No me has querido tú mezclar tambien en tu delito? ¿No me hallo yo por causa tuya en la desgracia del Príncipe? Pues ya puedes esperar recibir el castigo que mereces. Voy á curarte de tu locura, voy á hacerte meter por todas las partes del cuerpo puas de hierro ardiendo. Respondióle Basilio frescamente: Tu Emperador no me ha puesto miedo, ¿y tú piensas aterrarme?

En tanto que traspasan al Santo por todas partes, ora en alta voz, y pronuncia distintamente estas palabras: "Jesus, luz mia: Jesus, esperanza mia: yo os doy gracias, Dios de mis padres, de que saqueis en fin á mi alma de esta habitacion de la muerte. No permitais que yo profane el sagrado nombre que tengo: el vuestro es, Señor: conservadle en mí puro, y sin mancha, para que terminando plenamente esta gloriosa carrera, entre en posesion de este descanso eterno, que habeis prometido á mis padres. Recibid el espíritu de vuestro sier-

vo,

vo, que muere confesando que vos sois el único, y el verdadero Dios." Acabada esta oracion, espiró por Junio el dia veinte y ocho.

V.

MARTIRIO

DE S. TEODORO.

Sacado de la Historia Eclesiást. de Rufino, lib. 10. cap. 35. (1)

Sacrificando un dia Juliano á Apolo en un arrabal de Antioquia, llamado de Dafne, cerca de una fuente (2) consagrada á este Dios de los Paganos, se quedó mudo este famoso oráculo, y no respondió nada á las preguntas que le hacía el Emperador. Preguntó Juliano á sus Sacerdotes la causa de este silencio, y le dixeron que la proximidad del sepulcro del Martir Babilas desagradaba á aquella Deidad; y que no respondería palabra hasta que lo separáran del parage. Hizo al punto el Cesar llamar á los Galileos (cuyo nombre daba á los Christianos), y les mandó quitásen prontamente el cuerpo del Martir, y lo fuesen á poner en otro lugar. Acudió allá toda la Iglesia de Antioquia, todas las cabezas de familia, los jóvenes, las doncellas;

Tom. III. V

(1) Esta historia la refieren S. Agustin, Sócrates, Sozomeno, Teodoro, y otros. (2) Llamábase esta fuente Castalia.

y en fin, hasta los niños, y los ancianos, formando todos una larga, y numerosa procesion, en medio de la qual llevaban la caxa del Santo. Iba esta multitud de Fieles dividida en diversos coros, que cantaban himnos, y cánticos, y que repetian de quando en quando estas palabras del Salmo 96: "Sean confundidos todos los que adoraron los Idolos: sean cubiertos de vergüenza todos los que ponen en los falsos Dioses su confianza." Tuvo el Príncipe la molestia de oír estas palabras, que fueron repetidas mil veces en el largo trecho que ocupaba el acompañamiento, el qual mas parecía un triunfo, que una ceremonia eclesiástica. Esto lo irritó tanto, que al dia siguiente hacía prender indiferentemente á todos los Christianos que se encontraban en las calles de Antioquía, y llevarlos á la carcel. Salustio, Prefecto del Pretorio, aunque Pagano, no podía aprobar esta violencia. Con todo eso, no dexaba de executar las órdenes del Emperador, é hizo atormentar, entre otros, desde la mañana hasta la tarde, á cierto mancebo llamado Teodoro, con tanta crueldad, que se vió obligado á mudar muchas veces de verdugos, porque se cansaban. En medio de eso, este valiente soldado de Jesu-Christo, atado sobre un potro, teniendo á sus dos lados dos verdugos, que se remudaban para despedazarle, ni siquiera mudó de color, siempre tuvo el rostro alegre, y sereno: ni se quejó, ni se le escapó quejido alguno; antes bien, abierta siempre su boca para las alabanzas, y las

ac-

acciones de gracias, no cesaba de repetir las palabras que se habian cantado en la mencionada procesion. Esto obligó á Salustio á que despues de haber usado de toda crueldad, y conociendo que nada había adelantado, le era preciso volverlo á enviar á la carcel, y ir á estar con Juliano, para darle cuenta de todo lo pasado. Aconsejóle tambien dexase esto en aquel estado, sin hacer otra nueva tentativa, que era regular no le saliese mejor que la primera, y que no serviría mas que de confundir á los adoradores de los Dioses, y de hacer á los Nazarenos mas vanos. Desde entonces acá hemos visto muchas veces en Antioquía á este valiente Teodoro. Y quando le preguntaba si era mucho el dolor durante aquel largo, y riguroso tormento, respondía que sus dolores bien se podian sufrir; porque á la verdad tenía él siempre al lado un joven, que con un pañuelo cuidaba de enjugar el sudor que corría por su rostro, y que muchas veces derramaba agua fresca sobre sus heridas. Lo que le causaba una especie de complacencia, que le hizo sentir la falta del potro, quando le baxaron de él.

VI.

MARTIRIO

DE S. TEODORETO,

PRESBITERO (1).

Sacado de tres Manuscritos, y del quarto tomo de las Analectas del P. D. Juan de Mabillon.

Indispuesto Juliano por su mala conducta con su primo hermano el Emperador Constancio, se refugió á la Iglesia de Nicomedia, en donde recibió el orden de Lector; y exerció en ella por algun tiempo las funciones del orden. Pero muerto Constancio sin hijos, y sucedídole en el Imperio, hizo una abierta profesion del Paganismo, reedificando los altares de los Idolos, y derribando los del verdadero Dios. Verdad es que usó de un medio enteramente opuesto al de que se valieron los demás tiranos: rara vez empleó la fuerza, las amenazas, y los tormentos para obligar á los Christianos á que le imitasen. Parecióle que las recompensas, las dignidades, y los alhagos serían medios mas seguros, mas honestos, y menos odiosos. Su tio el Conde Julian, que por recompensa de su apostasía obtuvo el Gobierno del Oriente, al punto restableció en él

(1) A 23 de Octubre. Año de 362.

el culto de los Idolos. Tuvo noticia de que había mucho oro, y mucha plata en la Iglesia de Antioquia: vino á esta, se apoderó de aquella, y del tesoro, despues de poner en fuga al Clero de la Ciudad. Cada uno se salvó donde pudo. Solo Teodoreto, uno de los Presbíteros de esta Iglesia, resuelto á sepultarse en sus ruinas, jamás quiso abandonarla; antes bien volviendo á juntar los Hermanos que había en Antioquia, celebraba con ellos la Colecta acostumbrada (1). Lo qual sabido por el Conde, lo hizo llevar á su presencia arrestado. ¿No erés tú, le dixo, ese Teodoreto, que en el reynado pasado derribabas los altares de los Dioses, desacreditabas su culto, fabricabas Iglesias, y erigías monumentos á los muertos? T. Sí, Señor, le respondió: yo soy el mismo, que decís: he procurado, en quanto he podido, que se edificasen Templos al Dios vivo, y que se levantasen Iglesias sobre los sepulcros de los Mártires; y también es verdad que he destruido muchos altares consagrados á los Idolos. C. Pues confesad ahora en presencia de los Dioses, que executásteis todas estas cosas, y pedidles perdón. T. Yo nada puse por obra sin orden del Emperador Constancio. Pero me admiro que os hayáis hecho en un momento defensor, y abogado de los demonios; ¿ó os llamaré yo un prevaricador? C. Denle veinte palos en las plantas de los pies, por haberse atre-

Tom. III. V. 3

(1) El Domingo.

vido á decir que no hay Dioses. T. Sabed, Conde, que renunciando la Fé, os habeis precipitado para una eternidad. C. Denle veinte bofetadas, porque sepa que no ha de blasfemar. T. Parece que honrais á quien os engaña, y maltratais á quien os dice la verdad. C. Mirate ya acobardado del todo por algunos golpes que has recibido. Presto verás mas, si no tomas la resolución de sacrificar á los Dioses. T. Decidme, ¿por qué llamais Dioses á las obras de las manos de los hombres? Acordaos de lo que creíais tiempos antes. C. Nada adelantarás conmigo con todos esos discursos tan estudiados. T. Quando adorábais al verdadero Dios, la verdad estaba sobre vuestros labios, y en vuestro corazón: la amábais, y teniais horror á la mentira; pero ahora el orgullo os cierra los ojos, os muda el corazón, amais la mentira, y aborreceis la verdad. C. Haces buen Orador, y discurre como un Sofista, ó como si estuvieras en Atenas dentro de las aulas. T. No es en las escuelas de Atenas donde yo he aprendido lo que decís, sino en la del Espíritu Santo. Ojalá que os inspire él, Señor Conde Julian, mejores modos de pensar. Irritado el Conde de la resistencia, y de las réplicas de Teodoreto, le hizo atar á quatro estacas muy apartadas unas de otras. A la misma distancia estaban colocadas quatro ruedas, por medio de las quales estiraban los brazos, y las piernas del Santo, con tan grande violencia, que pa-

parecía tener ocho pies de largo. Entonces le dixo el Conde: Ahora bien, Teodoreto, ¿sientes el tormento? T. ¿Has olvidado tú tambien lo que te acabo de decir, que las obras de la mano de los hombres no pueden ser Dioses? Confiesa antes al que lo es en efecto, y á Jesu-Christo su Hijo, que crió el cielo, y la tierra, y cuya sangre te había rescatado. C. Ese hombre, que ha sido crucificado, muerto, y sepultado, dices que crió el cielo, y la tierra? T. Sí: ese hombre que fue crucificado, muerto, y sepultado por nuestra salud; y añade, y que ha resucitado: este, digo, crió todas las cosas; y digo que es el Verbo, y la Sabiduría del Padre. Tú lo has adorado quando te dexaste gobernar de la razon, y de la verdad, si es que alguna vez les diste oídos. C. Teme á los Dioses, y obedece al Emperador; porque está escrito: El corazón del Rey está en la mano de Dios. T. Sí: el corazón del Rey que conoce á Dios; pero no el corazón de un tirano, que adora al demonio. C. Insensato, ¿te atreves á llamar tirano al Emperador? T. Sí lo es en efecto, y si manda las cosas que dices, se le debe considerar no solamente como á un tirano, sino como al mas miserable de todos los hombres.

Bramando el Conde de rabia, mandó que atormentasen al Martir; y viendo la sangre que comenzaba á correr de sus llagas con abundancia, le dixo: Sacrifica ahora á los Dioses. T. Yo no conozco Dioses hechos por mano de hombres:

bres: no conozco mas que á uno solo, que hizo el cielo, y la tierra, y los mismos hombres. C. Ya veo que no sientes aún bastante los tormentos. T. No los siento, es verdad; porque Dios está conmigo. C. Me han dicho que eres deudor de una suma considerable al tesoro público; y que viéndote insolvente, gustas de morir para salir del negocio. Te puedes valer de otro mejor medio, y sin escoger la muerte: no tienes mas que dar incienso á los Dioses, y yo te prometo alcanzarte un perdón general de todo. T. Perezcan tu oro, y tu plata contigo, y con tu Emperador: yo á nadie debo: solo le debo á Dios un amor puro, y una perfecta obediencia; y le pido me haga recibir quanto antes el efecto de sus promesas. C. Dexa todas esas vanas esperanzas, y piensa en conservar tu alma. T. Y tú piensa en volverte á Dios, del qual tanto te has apartado; y vuelve á ganar tu alma, que tan infelizmente has abandonado. Hizo duplicar el Conde los tormentos, y le dixo: ¿Te has infatuado de una vana obediencia á un hombre crucificado, en lugar de darla al Emperador? T. Sábeta, impío, que este hombre crucificado puede, quando quiera, enviarte á tí, y á tu amo al fuego del infierno; y debéis ambos á dos esperar lo quando comparezais ante su tribunal. Esta es una verdad que tú no puedes ignorar. C. Mientras que llega ese dia, voy siempre provisionalmente á hacerte quemar vivo. Y al punto mandó que aplicaen dos hachas en-

encendidas á los costados del Martir. En tanto que la llama obraba en su carne, y la hacía derretir poco á poco, levantó los ojos al cielo, y dixo: Omnipotente Dios, Criador del universo, Salvador de los hombres, dignaos fortificar en vuestro siervo la esperanza que le habeis permitido poner en vuestras promesas: sostenedle en los tormentos que padece por vos: haced sentir á los malos todo vuestro poder: conozcan que así como no teneis sino gracias para los que os son fieles, no teneis sino suplicios para los que os faltan á la fidelidad: sea, Señor, vuestro nombre glorificado en todos los siglos. A estas palabras (1) caen los verdugos con sus hachas, dando con el rostro en tierra. Su caída infundió alguna turbacion en el ánimo del Conde, y asustó sus guardias: no obstante, volvió sobre sí, y les mandó levantasen á los verdugos. Volvieron á tomar vuestras hachas, les dice á estos luego que estuvieron levantados, y aplicadlas segunda vez á los costados de ese hombre: no temais. Señor, le respondieron ellos, dignaos dar esa orden á otros; porque á nosotros nos es imposible ejecutarla: ya nos veis todavía todos asustados de una vision que hemos tenido de quatro Angeles vestidos de blanco, que conversaban con él; y esto es lo que nos ha hecho caer en tierra. A esta respuesta el Conde, no pudiéndose contener, hizo que arrojasen los ver-

du-

(1) Este milagro lo refiere Adon el dia 23 de Octubre.

dugos á la mar (1). Quando los llevaban á la muerte, Teodoreto levantó el grito, y les dixo: Id siempre delante, hermanos míos, que yo os seguiré despues: dentro de poco iré á recibir de la mano del Señor la corona que destina á todos los que han alcanzado aquí abaxo la victoria. C. ¿Dónde está el enemigo que has vencido? ¿Y quién es ese, que tantas coronas tiene que dar? T. El enemigo es el demonio; y tú combates por él. Y Jesu-Christo, Salvador del mundo, es de quien aguardo la corona; y por él, y para él espero vencer. C. Pobre infeliz, ¿de quién hablas tú? ¿No sé yo que es de ese hombre, cuyo baxo nacimiento, y cuya vergonzosa muerte, sucedida como unos trescientos años há, nadie la ignora? ¡Y tú nos quieres hacer pasar á ese hombre por Criador de todas las cosas, y crees buenamente que tiene grandes recompensas que dar! T. Aunque estoy persuadido que eres indigno de oír la palabra de Dios; no obstante, porque mi silencio no escandalice á los Fieles, que están aquí presentes, y que podrían acaso pensar que no tengo cosa sólida que responderte, quiero ponerte delante unas verdades, que tú sin duda has olvidado. Sábetes, pues, que Dios, que crió todas las cosas con sola su palabra, compadecido del deplorable estado á que la idolatría tenía reducidos á los hombres, se dignó enviar al Verbo divino sobre la tierra, pa-

(1) O. por mejor decir al Oronto.

para vestirse de su naturaleza en el seno de una Virgen. Porque no pudiendo la divinidad sujetarse á los sentidos, se sirvió de este medio para hacerse visible, y sensible al mismo tiempo. Y así habiendo sufrido este Dios, lleno de bondad, voluntariamente por nosotros, hemos logrado por su muerte la salud eterna, que tú has perdido por tu apostasía. C. Bien veo que ningún suplicio puede vencer tu encaprichamiento: tú los desprecias todos: puede ser que la muerte no te parezca tan despreciable: sacrifica, pues, ó piensa en morir. T. ¿Yo sacrificar? Ya há mucho tiempo que renuncié al demonio tu padre: en quanto al morir, ojalá que el Dios á quien adoro, me haga la gracia de no ver mas al tirano (1). C. Dí lo que quieras: yo te dexaré vivir. T. Pues piensa tú en morir. Yo te pronostico que entregarás tu alma entre los mas agudos dolores. Y por lo que hace al tirano, á quien espero rendir, será él mismo vencido: una mano desconocida le quitará la vida (2); y su cuerpo quedará sin sepultura en tierra estraña.

Queriendo el Conde detener el curso de estas predicciones funestas, se apresuró á pronunciar su sentencia contra el Santo, y le condenó á muerte. Teodoreto al oirla prorrumpió: Gracias os doy, Señor, de que así hayais coronado mi perseverancia. Entretanto, habiéndose vuelto el Conde á su casa, pasó muy mala noche. Al dia

(1) Juliano. (2) Los Persas.

dia siguiente fue á Palacio, en donde despues de haber adorado al Emperador, segun la impia costumbre de los Cortesanos de este Príncipe, le dixo: Vuestra Magestad puede ver por el estado que le presento, la cantidad de oro, y plata que he sacado de la Iglesia de Antioquia, y que acabo de hacer llevar á su depósito; pero aún he hecho mas, Señor, porque he mandado dar la muerte á ese malvado Sacerdote Teodoro, que Vuestra Magestad hacía buscar con tanto cuidado. No agradó esto á Juliano; y no pudo dexar de dársele á entender á su tio. No me habeis dado mucho gusto en eso. Yo trabajo, es verdad, en abolir la secta de los Nazarenos; pero no me valgo para ello sino de buenos medios, empleando solo el discurso, y la persuasion; y aún no se me ha visto acudir á la fuerza, y á la violencia. No obstante, por la que habeis executado contra ese Sacerdote, dais á los Galileos un buen pretexto de desencadenarse contra mí, y agoviarme á escritos injuriosos, como tantas veces los publicaron contra mis predecesores, dando descaradamente el nombre de Martir á los facinerosos, que estos Príncipes justamente habian condenado. Y así no hagais mas morir á nadie en adelante; y mandad lo mismo á los Jueces de vuestro Gobierno. Esta reprehension de Juliano, por moderada que fuese, no dexó de dar un mortal golpe al alma del Conde: turbáronse sus ojos: púsose pálido su rostro; lo que conociendo el Emperador, procuró al pun-

punto animarle, diciéndole: Vamos, tio mio, vamos al templo, que espero que la sangre de las víctimas, con que os rociarán, os restituirá la salud, y la alegría. Siguió el Conde al Emperador al Templo; pero su corazon estaba anegado en una profunda tristeza. Lleváronle los Sacerdotes las aves, que acababan de sacrificar á los Idolos, y que habian hecho cocer sobre el altar. Juliano, despues de haber comido de ellas, las presentó á su tio, que no hizo mas que tocarlas: ó fuese que las predicciones de Teodoro comenzasen á aterrarle, ó la reprehension del Emperador le causase la inquietud. Retiróse tambien á su Palacio luego que se acabó el sacrificio, teniendo igualmente agitada el alma, tanto de los remordimientos de su delito, como del temor de su desgracia. No quiso comer nada aquel dia. A la noche fue acometido de un dolor violento en el estómago, y en los intestinos. Aquel funesto bocado que comió en el templo, le deshizo los hígados, y de quando en quando arrojaba por la boca pedazos de ellos. En fin, aumentándosele el mal, envió á suplicar á su sobrino hiciese abrir las Iglesias; y este le envió á decir: Yo no las he hecho cerrar (1), y tampoco las haré abrir. El Conde volvió de nuevo á suplicarle á Juliano: Por vuestra causa es, ó Emperador! por quien sufro; y por haber tenido demasiada complacencia por vuestra per-

(1) Exceptó la Iglesia Mayor de los Arrianos.

persona, perezco ahora. Y Juliano le dió esta respuesta: Los Dioses son quien os castigan, ofendidos de la poca fé que teneis en su poder. En fin, el desgraciado Conde espiró comido de gusanos, despues de haber padecido dolores increíbles, segun la profecía del Santo Martir. Luego que le anunciaron esta muerte á Juliano, respondió: Había faltado á la fidelidad de los Dioses, y así se han vengado de él.

Cumplióse igualmente la prediccion del Santo respecto de este Príncipe apóstata. Porque habiendo partido poco tiempo despues para la guerra de Persia, pereció miserablemente. El mismo cielo se declaró por sus enemigos; y un dia, que le pareció haber alcanzado alguna victoria sobre ellos, se quedó aturdido al verse metido entre nuevas tropas, compuestas todas de Angeles. Hace dar la señal de acometer; pero al punto se siente herido de una flecha, que por medio del aire viene á atravesarle el costado. Entonces, imaginándose ver á Jesu-Christo en una nube, llenó su mano de la sangre que corría de su herida, y arrojándola contra el cielo, exclamó: ¿Qué, Galileo, aún me vienes á perseguir en medio de mi ejército? Aunque me veo herido de tu mano, aún tendré fuerzas bastantes para renunciarte muriendo: hártate de mi sangre, Christo, y glorificate de este vencimiento. Lleváronle á una Aldea vecina, donde murió algunas horas despues.

Nosotros, siervos de Dios, aunque pecadores,
he-

hemos escrito con una exácta fidelidad, todo quanto pasó en la muerte del bienaventurado Teodoreto, de la qual fuimos testigos oculares, estando alojados en Antioquía en el Palacio del Emperador, y habiéndole seguido á Persia. Suplicamos á los que leyeren esta relacion, se acuerden de nosotros en sus oraciones; y deseamos que puedan gozar algun dia con el Santo Martir de la gloria que él goza con nuestro Señor Jesu-Christo en el cielo.